

PABLO DE MARINIS

Leemos la carta de tragos. Nada nos llama la atención. *Globalización, multiculturalismo, postmodernidad, nuevo contrato social, emancipación, políticas de la identidad, movimientos sociales, colapso de la ciencia moderna y la teoría crítica, reinención del Estado y de la democracia.* Llega el barman. Pone todo en una coctelera. Mezcla, deja reposar, nos sirve un vaso. Presuponemos sabores convencionales. Comenzamos la degustación con muy pocas expectativas. Mientras ofrece su bebida, nos habla de construir “una nueva teoría de la historia”, lanza convites a superar los preconceptos euro-norte y occidente-céntricos de la ciencia social moderna y a elaborar consecuentemente una “epistemología del Sur”. Pero, aquí en el Sur, ¿no habíamos bebido todo esto antes, tantas (demasiadas) veces?

Primera, gratificante sorpresa: este cóctel sabe diferente. Su creador, el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos, nos ha descolocado. Por suerte, la prometida renovación de la teoría de la historia reniega del lugar prepotente y vanguardista del manual de instrucciones. Quiere elaborar un humilde pero desafiante ensayo de una teoría del presente capaz de “ampliar el presente”, para poder hacer un sitio a la pluralidad de experiencias sociales desperdiciadas, silenciadas, ignoradas por las “monoculturas” del saber y de la práctica dominantes. Por otro lado, una teoría que pueda “contraer el futuro”, sustituyendo la retórica teleológica del progreso por la búsqueda de unas alternativas a la vez realistas y utópicas.

Segunda sorpresa, igualmente agradable: su “epistemología del Sur” se instala en un campo global de indagaciones teóricas y políticas, y reflexivamente se opone a cualquier prioridad esencialista por las *cosas nuestras* (la Nación, la comunidad). Además, cuestiona los mecanismos establecidos de *import-export* de productos culturales, entre los que se destacan los pretendidamente neutros y universales conceptos de las ciencias sociales.

En suma, la diversificada obra de Santos constituye un notable e inusual esfuerzo por renovar la teoría, pero además por pensar la política. Así, se instala en el campo de tensiones entre viejos valores de la modernidad (como “libertad” e “igualdad”) y otros más recientes (por ejemplo, el del “reconocimiento de las diferencias”). Por todo esto, su cóctel sabe distinto. Resulta refrescante beberlo, sentados en el variado pero a menudo también aburrido bar de los mil y un brebajes culturales. Lo que sigue es el necesariamente superficial protocolo de una cata, de la que quizá surjan estímulos para nuevas degustaciones.

Con el advenimiento de la modernidad, “igualdad”, “libertad”



GERMAN GARCIA ADRASTI

“Cada país tiene su Tercer Mundo”

Autor de una obra original que abarca desde la sociología del derecho hasta la nueva teoría social, Boaventura de Sousa Santos vino a Buenos Aires a presentar sus libros “Reinventar la democracia: reinventar el Estado” y “La universidad del siglo XXI”. También debatió con especialistas y estudiantes. Aquí, una reflexión sobre esos debates y una entrevista al analista portugués.

SANTOS BASICO

COIMBRA 1940 SOCIOLOGO

Difícil de encasillar, nació en el semiperiférico Portugal; se formó en sociología, derecho, economía y ciencia política; se doctoró en Yale; es profesor en las Universidades de Coimbra y Wisconsin-Madison; y estudia problemas sociales y políticos actuales, también del que solía llamarse “Tercer Mundo”. Hasta hace poco, su obra era conocida por un núcleo reducido de especialistas. En los últimos tiempos adquirió renombre, pero no por haber dado el complaciente salto al mundo de la divulgación y la propaganda sino por su rigor analítico y creatividad política. Cabalga entre lo que suelen hacer los científicos (escribe libros, da clases, investiga), pero también los “intelectuales públicos” (debate en los medios) y ciertos activistas políticos (participa en los Foros Sociales Mundiales, entre otras iniciativas). De su obra en español se destacan “Estado, derecho y luchas sociales”, “De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad” y “La globalización del Derecho”.

y “ciudadanía” fueron reconocidos por primera vez como principios emancipatorios de la vida social. Consecuentemente, “exclusión” y “desigualdad” tuvieron que ser justificados en el mejor de los casos como excepciones incidentales, carentes de legitimidad. Las sociedades modernas se constituyeron históricamente en la tensión entre principios de emancipación (tendientes a la igualdad y la integración) y principios de regulación (que rigen los procesos de desigualdad y exclusión que el propio desarrollo capitalista produce).

Si bien todo este proceso se inició mucho antes, a partir del siglo XIX se produjo un encierro de la experiencia de la modernidad en los rígidos moldes de la modernización capitalista, lo cual terminó transformando todos los esfuerzos emancipadores en dispositivos reguladores. Para San-

tos, asistimos desde hace unas tres décadas a la crisis terminal de aquel paradigma moderno, entendido como una forma particular de organizar y vivir la vida social y a la vez como un modo de reflexionar acerca de ella.

Se trata, pues, de excavar en las ruinas y tratar de comprender la emergencia de un nuevo paradigma societal y sociológico, que no va a poder ya establecerse sobre las bases culturales y epistemológicas de la ciencia moderna, pues justamente fue ella una de las responsables de que la ecuación entre modernidad y capitalismo sólo haya logrado expandir el polo de la regulación y contraer el de la emancipación. Así, el “postmodernismo de oposición” que propone Santos articula la crítica de la modernidad con la crítica de la teoría crítica de la modernidad: un intento de renovación de la teoría crítica que ata-

ca, a la vez, las concepciones heredadas de teoría y de crítica.

No se trata de un mero juego de palabras. Para Santos, las discrepancias entre experiencias y expectativas de la modernidad no son procesables ni comprensibles con medios modernos. Los medios modernos que cuestiona son aquellos que han promovido una serie de "monoculturas": la monocultura del saber científico (que desacreditó todo conocimiento alternativo), la del tiempo lineal (que dibujó una carrera en la que el tiempo de los países centrales marcaba el ritmo de los demás), la de la naturalización de las diferencias jerárquicas (de raza, de casta, de género), la de la lógica de la escala dominante (incapaz de comprender las variadas dimensiones de los procesos de globalización) y, finalmente, la monocultura del productivismo capitalista (violentamente reacia a admitir formas no capitalistas de producir, distribuir y consumir).

Estas monoculturas son la expresión más acabada de una "razón indolente", perezosa, que desperdicia la experiencia y no comprende los múltiples contextos de la vida social. Una razón que no hizo más que producir ausencias, invisibilidades, que ahora deben ser vueltas a presente, pero no simplemente para abonar nuevos monismos de cuño opuesto, sino para alimentar otras visiones teóricas y formas de acción inconformista. Así, Santos enfrenta a las monoculturas con unas "ecologías", siempre en plural: ecologías de la diversidad de los saberes, de las temporalidades, de los reconocimientos, de las escalas múltiples y de las productividades. Todas estas ecologías expanden, dilatan el presente y se esfuerzan, sin caer en el relativismo, por "traducir" las experiencias de uno a las semánticas del otro (y viceversa). El futuro, a su vez, es como el *noch nicht* de Ernst Bloch: lo posible pero *todavía no* disponible, un futuro no totalmente abstracto y escindido de las prácticas sociales reales y actuales. Un futuro por el que las personas y los colectivos, ya mismo, de modos diversos, están luchando, aunque no sepan qué formas podrá y deberá asumir.

Para el sociólogo portugués no hay "promesas incumplidas de la modernidad", sino apenas promesas cuyo cumplimiento sesgado ha producido efectos perversos. Así, la promesa de la igualdad resultó en una brutal disparidad de bienestar entre regiones y dentro de ellas. La promesa de la libertad encierra otra paradoja: el avance en todo el mundo de procesos democratizadores del sistema político tiene lugar codo a codo con fenómenos de esclavitud, violencia policial, criminalización de la protesta, limpiezas étnicas, discriminación masiva por raza, sexo, edad. La kantiana promesa de la paz perpetua se ve refutada por la proliferación de conflictos

armados. La promesa de la dominación de la naturaleza avanza hacia la destrucción de la biodiversidad.

Ante este sombrío panorama, sería fatal no reconocer que han cambiado los parámetros tanto de la teoría crítica como de las prácticas políticas de resistencia. El occidente-centrismo es desafiado por las nuevas realidades multiculturales. El aumento de la complejidad de las relaciones sociales intra e interestatales impide reconocer un principio único o fundamental de dominación (de clase) y de transformación social (hacia un futuro socialista). Ya no es posible identificar agentes históricos privilegiados. La industrialización ha demostrado no ser el motor del progreso. La globalización de los últimos 30 años no sigue un patrón único y homogéneo de uniformidad. Por eso Santos prefiere hablar de "globalizaciones", a la vez económicas, políticas, sociales, culturales, religiosas, jurídicas. Ellas establecen entre sí complejas relaciones y no encajan en patrones únicos de desarrollo, sino que implican una articulación de procesos de universalización diferenciadora y de localización particularista, que dan lugar a nuevas estratificaciones y formas de opresión y resistencia.

"En la sociedad y en las ciencias sociales tenemos problemas modernos para los que no hay soluciones modernas", afirma Boaventura de Sousa Santos. Por eso, se impone revisar el catálogo de formas disponibles de acción política contestataria que, sin pasar por alto la contundencia de los procesos de globalización en curso, sean capaces de producir "globalizaciones contrahegemónicas", "reinventando el Estado" y "reinventando la democracia".

Estos últimos dos temas podrían hacernos evocar la mayor parte de la producción de las ciencias sociales latinoamericanas de los años 80, desencantadas con el marxismo revolucionario y esperanzadas con las posibilidades abiertas por la "transición democrática". Sin embargo, la posición del sociólogo portugués difiere en muchos sentidos de aquellas lecturas y, en cierto modo, 20 años después, se funda en su fracaso. Santos admite que nunca antes se dio en la historia tal expansión de la democratización política en gran parte del mundo, pero ella coexiste sin mayores dificultades con el "fascismo social", una curiosa categoría que describe la desigualdad extrema en el acceso al poder y capital sociales a través de la cual los más fuertes alcanzan un derecho de veto sobre la supervivencia de los más débiles. Esto es, un conjunto de procesos sociales globales por los cuales masas extensas de población son marginadas o expulsadas de cualquier clase de contrato social y arrojadas a una suerte de estado de naturaleza hobbesiano, ya sea

ENTREVISTA

La utopía de una democracia sin fin

—¿Cuál es el motor de la voluntad de cambio social?

—Primero, es muy importante sostener que hay una alternativa donde se puede ejercitar esa voluntad. La primera tarea es reinventar un pensamiento alternativo de alternativas, porque las que conocimos ya no movilizan. También hay que intensificar la voluntad. Las ciencias sociales y la política están creando "subjetividades conformistas" y hay que crear subjetividades rebeldes. La sociología se preocupó mucho por la distinción entre estructura y acción, pero más importante es distinguir entre acción conformista y acción rebelde, lo que exige reinventar la emancipación social y crear subjetividades colectivas.

—¿Qué papel tienen los sindicatos y los partidos en la reinención de la democracia?

—Los dos son importantes, pero no son los únicos para organizar una transformación social. En la modernidad, los partidos fueron una identidad central para la organización política de los intereses y por mucho tiempo se pensó que eran las únicas instituciones legítimas para organizarlos; por eso a muchos partidos no les gustan los movimientos sociales e intentan manipularlos o marginarlos.

—¿Cómo democratizar estas instituciones que se volvieron fuerzas conservadoras?

—Yo hablaba básicamente de los partidos. También necesitamos un nuevo sindicalismo de movimiento social, donde las cuestiones de ciudadanía sean tan importantes como las del trabajo. Y otra estructura democrática. La nueva subjetividad insurgente no se moviliza sin razones. No se pueden seguir las órdenes de un comité central. Hay que tener razones y conocerlas. Los movimientos sociales tienen que procurarse esta democracia interna y terminar un poco con el "fundamentalismo antipartido". En el Foro Social tuvimos un gran debate sobre la necesidad de que movimientos y partidos compartan una forma de acción política.

—¿Cómo interfiere el clientelismo en este proceso?

—El clientelismo está muy arraigado por la debilidad de las instituciones y porque la gente no se siente realmente representada y forja una relación casi personal. La alternativa es la movilización colectiva. El clientelismo no funciona con sujetos colectivos: le es más fácil relacionarse con las favelas que con una asociación de vecinos.

—¿Pero esa iniciativa tendrá que surgir de los propios sujetos o de alguna institución?

—Para mí los grandes cambios vienen desde abajo. Pero también hay que repensar el Estado, porque hoy es institucionalmente muy vulnerable a la corrupción y la promiscuidad económica. Con la privatización de la economía se privatizó el Estado, y si antes teníamos monopolios estatales ahora tenemos monopolios privados. Antes había al menos un control parlamentario; ahora ya no hay control y los regulados dominan a los reguladores. También hay otras instituciones, como la universidad pública, cuyo rol debe replantearse para renovar el pensamiento y la cultura política y científica. Pienso en una universidad más involucrada en el desarrollo local, y también en la red nacional y global.

—Si los excluidos no se alían, se puede generar una fuerza que la empresa contra las nuevas formas de socialización. Lo que usted llama lo "para-estatal" ¿Cómo evitarlo?

—Tenemos que revisar el concepto de lumpen-proletariado porque éste se basa en una concepción del trabajo formal como motor de la ciudadanía que está en crisis. Es necesario hacer del trabajo un factor de ciudadanía ampliando su base social, incluyendo lo informal. Ha sido un error de la izquierda pensar que sólo los obreros serían la vanguardia de la transformación social. Hoy en día tenemos un concepto más amplio de opresión que incluye a los indígenas, a los desocupados y a las mujeres; una base social de riesgo, porque puede dar lugar a movimientos de extrema derecha como los que surgieron en Europa y EE.UU. Las fuerzas de izquierda, los gobiernos y los partidos progresistas tienen la responsabilidad de evitar que estas formas de fragmentación social vayan en una dirección antidemocrática.

—En su visión, la democracia es una forma que se reinventa a sí misma todo el tiempo. ¿Se refiere a una revolución constante en la propia democracia?

—Si el socialismo tiene una definición, es democracia sin fin. Se trata de democratizar cada día más las relaciones sociales. Pero la democracia radical, para mí, no está confinada sólo al espacio público. Hay seis espacios estructurales —espacio doméstico, producción, comunidad, mercado, ciudadanía y espacio mundial—; formas de poder que deben ser sustituidas por formas de autoridad compartida. Es un horizonte utópico, pero es la base de una utopía realista. Ese horizonte es para mí la democracia sin fin.

PAULO DE SANTIS

porque nunca han sido parte de contrato social alguno (como los jóvenes de los guetos urbanos) o porque han sido excluidas y desechadas de cualquiera de los contratos sociales de los que habían formado parte con anterioridad (como los trabajadores precarios del postfordismo).

Reinventar el Estado significa, primero, reconstruir su genealogía, el largo y complejo proceso que va del liberalismo al keynesianismo hasta el más reciente y vigente neoliberalismo. Este último, lejos de liquidar el Estado, propuso un Estado Mínimo en algunas de sus funciones (para facilitar la expansión del capital global) y muy activo en otras (para contener y reprimir la protesta social). Luego, se trata de pensar qué formas políticas pueden activarse para la "reinención de la democracia", para la cual Santos propone un larguísimo catálogo de propuestas entrelazadas, que incluye desde la búsqueda de "demodiversidad" (buscando expandir nuestra trivializada "democracia de baja intensidad" hacia formas participativas), pasa por una especificación de los alcances y potencialidades del "tercer sector" y de las formas alternativas de producción y trabajo y llega hasta repensar las tareas de la universidad pública.

Boaventura de Sousa Santos es un barman poco convencional. No pretende caer simpático ante todo el mundo. No se aferra a sus recetas consagradas. Experimenta continuamente nuevos cócteles de complejas texturas teórico-políticas. No sólo quiere batallar con los colegas de su gremio (John Holloway, Toni Negri, Michael Hardt, Anthony Giddens, Manuel Castells), sino entrar en diálogo con públicos multiculturales, del Norte y del Sur, en bares políglotas como el del Foro de Porto Alegre, con parroquianos tan diversos como ecologistas chinos, piqueteros argentinos, feministas noruegas y campesinos sin tierra de Brasil.

Para este bebedor, el portugués peca a menudo del excesivo utopismo de avizorar posibilidades donde quizás sólo tengamos evidencias empíricas de riesgos y peligros. Pero le resultan particularmente atractivas su concepción plural de la globalización y su reelaboración postliberal y postmarxista de una teoría del Estado y de la sociedad civil. También simpatiza con sus visiones acerca de los límites tanto del reformismo como de la revolución. Finalmente, admira su inusual sensibilidad para no "desperdiciar experiencias", su búsqueda de una teoría de la "traducción" de diferentes devenires emancipatorios. Aquí en el "Sur", seguiremos bebiendo sus tragos, los que quizás nos inspiren para imaginar un mundo donde podamos tener "derecho a ser iguales cada vez que la diferencia nos inferioriza" y "derecho a ser diferentes cada vez que la igualdad nos des-caracteriza".